

<http://dx.doi.org/10.12795/RAA.2016.10.11>

**RINA SIMÓN, CÉSAR (2015). Los imaginarios franquistas y la religiosidad popular (1936-1949). Badajoz: Diputación de Badajoz, 248 pp.**

**Juan Agudo Torrico**

**Universidad de Sevilla**

La temática desarrollada en la obra de César Rina, como bien refleja la cuidada bibliografía citada y consultada, no es nada nueva. Antes bien uno de los ejes omnipresentes en su estudio, la cuestión del vínculo que establecerá con la Iglesia Católica es de obligada referencia en cualquier estudio que se acerque a la razón de ser de la dictadura franquista. Tanto es así que es precisamente este hecho el que considera determinante a la hora de establecer la diferencia formal entre el fascismo franquista y el italiano o nacismo alemán. La tensión que los dos últimos mantuvieron con las instituciones eclesíásticas se convirtió en el régimen franquista en una alianza determinante (nacionalcatolicismo); y lo que es más, ninguno de ellos recurrió a la idea de “cruzada” que mantuvo el régimen franquista hasta el final de su historia, de justificación de la dictadura (Franco era caudillo de España “por la gracia de dios”) como restablecimiento del orden católico quebrantado por una democracia republicana laicista y democrática, que no reconocía el “orden natural” (jerárquico) propio de la idiosincrasia “española”. De hecho, en este sentido la dictadura no hace sino recuperar, como pretendía, el espíritu imperial de unos Austrias/Borbones que, mientras pudieron, hicieron de la religión católica y de la alianza con la iglesia la razón ideológica de su existencia, siempre en lucha con los no católicos (musulmanes, judíos, protestantes) y teniendo como meta la “evangelización”, mal que les pese a las poblaciones que les tocó sufrirla, de los territorios coloniales. Sin entrar en otras muchas referencias que, indudablemente, podría haber hecho, son más que acertadas la citas y alusiones al pensamiento de Menéndez Pelayo como el sabio erudito por antonomasia que “demostraba” este inequívoco vínculo entre catolicismo e imperio

como la esencia del espíritu español, o del más que controvertido José María Pemán, que no haría sino mantener hasta su muerte una misma filosofía y razón de ser de una España que sin ser ya imperio sí había de mantenerse en la “tradición” de su catolicismo como esencia de lo español.

Si bien el trabajo de César Rina no se refiere a este vínculo (de hecho los términos iglesia o religión no aparecen, acertadamente, en el título de la obra), sino que se centra en la el modo como se manipuló durante la dictadura la “religiosidad popular”. De hecho lo que sí estimo original en este trabajo es el énfasis que pone en demostrar el modo como confluyeron los intereses de dictadura e iglesia en controlar y domesticar (“purificar”) una religiosidad popular que se caracterizaba precisamente por lo que el autor denomina la “espontaneidad” en sus manifestaciones, lo que le acercaba a sentimientos, formas expresivas y funciones socioculturales (actos festivos, manifestaciones de identidades socioterritoriales, etc.) que le hacían compatibles con las ideologías y formas de expresión populares de la segunda república. Se trataba de anular estos valores acorde con un proceso de, en palabras del propio autor, “militarización y fascistización” que cambiara radicalmente tanto los significados de estas expresiones populares como el modo en el que habían de desarrollarse. De este modo iglesia y burguesía conservadora lo conseguirían por fin: “Las manifestaciones de religiosidad popular habían perdido folclorismo, espontaneidad y ambiente festivo, y pasaron a presentarse como actos de fe que atestiguaban el catolicismo de la patria” (pág. 104). O al menos lo pretendieron, otra cosa es que lo consiguieran.

Es por ello que cuestiona, y demuestra en su trabajo, que la dictadura no trató de recuperar un “espíritu” religioso prohibido o perseguido por la segunda república, sino de restablecer el poder de una iglesia como institución que le amparó y justificó a lo largo de toda su historia. La religiosidad popular era otra cosa: solo les interesaba como medio de apropiación, y con ello de legitimación, de unas simbologías (y más en concreto de unas determinadas imágenes) de fuerte arraigo popular, con una fuerte capacidad de convocatoria en rituales y festejos concretos.

Para analizar este hecho el autor, historiador de formación, recurre a la mirada antropológica para identificar y tratar de estudiar qué es o, más bien, cómo interpretar la religiosidad popular como realidad cultural, con frecuencia contrapuesta a la religión institucionalizada. Dedicó a ello el capítulo inicial de la obra e incluso, al compartimentar la bibliografía en varios epígrafes, uno de ellos se centra específicamente en esta temática; perteneciendo buena parte de los autores referenciados al campo de la disciplina antropológica. Sin embargo, salvo en éste capítulo, esta mirada se irá diluyendo, para cobrar de nuevo fuerza en las conclusiones, en las que se recurre nuevamente a esta interpretación antropológica para tratar de explicar la vitalidad e incluso expansión que actualmente vive la religiosidad popular, en parte como consecuencia de la depuración

inversa que ha tenido frente a las pretensiones del periodo franquista; pero también por su idoneidad como medio de expresión popular en la que se reafirman unos modos de vida, experiencias históricas y capacidad adaptativas, convertidas en manifestaciones patrimoniales de resistencia, de identidades/identificaciones colectivas frente a la globalización.

Tampoco, pese al título generalista de la obra, se trata por igual todas o la mayor parte de las manifestaciones en las que se expresó y expresa esta religiosidad popular. Casi sin excepciones, el trabajo se centra en las expresiones vinculadas con la semana santa y en las grandes poblaciones de Sevilla, Málaga y Cáceres. Nada o poco se nos dice de otras manifestaciones, como romerías, cruces de mayo, etc. y no aparecen referencias a poblaciones de menor entidad, donde probablemente, y al menos en el ámbito de los festejos cívico-religiosos más emblemáticos como son la Semana Santa y fiestas del Corpus, en poco o nada (con la lógica consiguiente escala de rango en quienes acapararían y protagonizarían estos eventos) se diferenciarían de las grandes ciudades. Si bien, probablemente no ocurriera lo mismo con romerías y otros festejos populares en poblaciones de menor entidad, donde es probable (salvo que adquirieran la magnitud de las grandes representaciones emblemáticas como la Virgen del Rocío o Virgen de la Cabeza) que aquellas formas de religiosidad popular más arcaicas y heterodoxas, sino ocultas sí olvidadas, se mantuvieran con pocos cambios. De hecho en estos casos, más que el énfasis inquisitorial del franquismo, los cambios que hoy conocemos, y que ha dado como resultado una creciente homogeneización en los modelos organizativos y expresiones formales de estos rituales vinculados a las formas de religiosidad popular, es consecuencia fundamentalmente del proceso de desestructuración de las sociedades locales que originaría la crisis demográfica y transformación de sus bases socioeconómicas de los años setenta del siglo pasado.

Lo que no invalida en absoluto este trabajo. La mirada antropológica seguirá estando presente a lo largo del estudio, pero se hace más patente la exhaustiva revisión de las fuentes historiográficas consultadas (en especial las hemerotecas) para poner de manifiesto el valor ideológico que aplicó el régimen franquista al hecho no tanto de la religión/religiosidad en sí, como del control de las esferas públicas/colectivas en las que se manifestaba.

El fin de la dictadura supuso, como era de esperar, una “depuración” a la inversa de estas manifestaciones de religiosidad popular, o al menos así parece. La presencia de las tropas y del protagonismo de espadones en la presidencia de los actos religiosos se van progresivamente evanesciendo tras el restablecimiento del sistema democrático, y la iglesia, si bien mantiene y ejerce su poder sobre estas manifestaciones de religiosidad popular ha de consensuar y tolerar, en parte, el modo como se expresan y reconocer los otros valores “no religiosos” que justifican su vigencia e incluso revitalización: identidades

colectivas que recrean, tradiciones que se perpetúan de generación en generación, expresiones lúdico-festivas con las que se asocian.

Pero cuarenta años de represión y olvido no han dejado de crear “nuevas tradiciones” que conviven con las que no se perdieron. El trabajo documenta en detalle cuándo y cómo se produce este proceso: conversión de las imágenes en símbolos cívico-militares acaparando medallas y títulos; declaración como patronos/as oficiales; creación de nuevas cofradías o resignificación de algunas de las existentes expresamente vinculadas a excombatientes de la “cruzada”, etc. Y por ello también nos recuerda que su imaginario, aunque no siempre de forma consciente, sigue estando presente: orden “militarista” impuesto en las procesiones penitenciales ya forma parte de la ortodoxia de la tradición; el poder que acumulan las agrupaciones de cofradías creadas en el periodo franquista como modelo de control de los obispados sigue acrecentándose frente a cualquier expresión particularista de una u otra cofradía; las imágenes siguen entrando y saliendo de los templos al son del “himno nacional”; la costumbre de seleccionar a una entre todas las imágenes como la “patrona oficial” de la comunidad para que en ella se concentren los actos cívicos religiosos dominantes en el ciclo anual es ya una práctica generalizada; se siguen nombrando a las imágenes alcaldes/alcaldesas perpetuas; y si bien (aunque las que los tiene se siguen vanagloriando de llevarlos) ya no se reparten fajines de generalas, se le sigue concediendo medallas a no se sabe qué méritos a muchas imágenes.

Por último, llamar la atención en la más que acertada selección de imágenes que complementan el texto. Aunque algunas de ellas son de sobra conocidas, su significación en conjunto es la articulación de un texto visual paralelo que, al contrario de lo que frecuentemente suele ocurrir cuando las imágenes son solo un complemento visual intercalado en el texto, transmiten muy acertadamente el modo como se construyó y consolidó la manipulación del discurso de reconocimiento y vinculación entre iglesia/religión y franquismo, como justificación recíproca del poder y razón de ser de una y otra institución.